

LA PLAZA FU

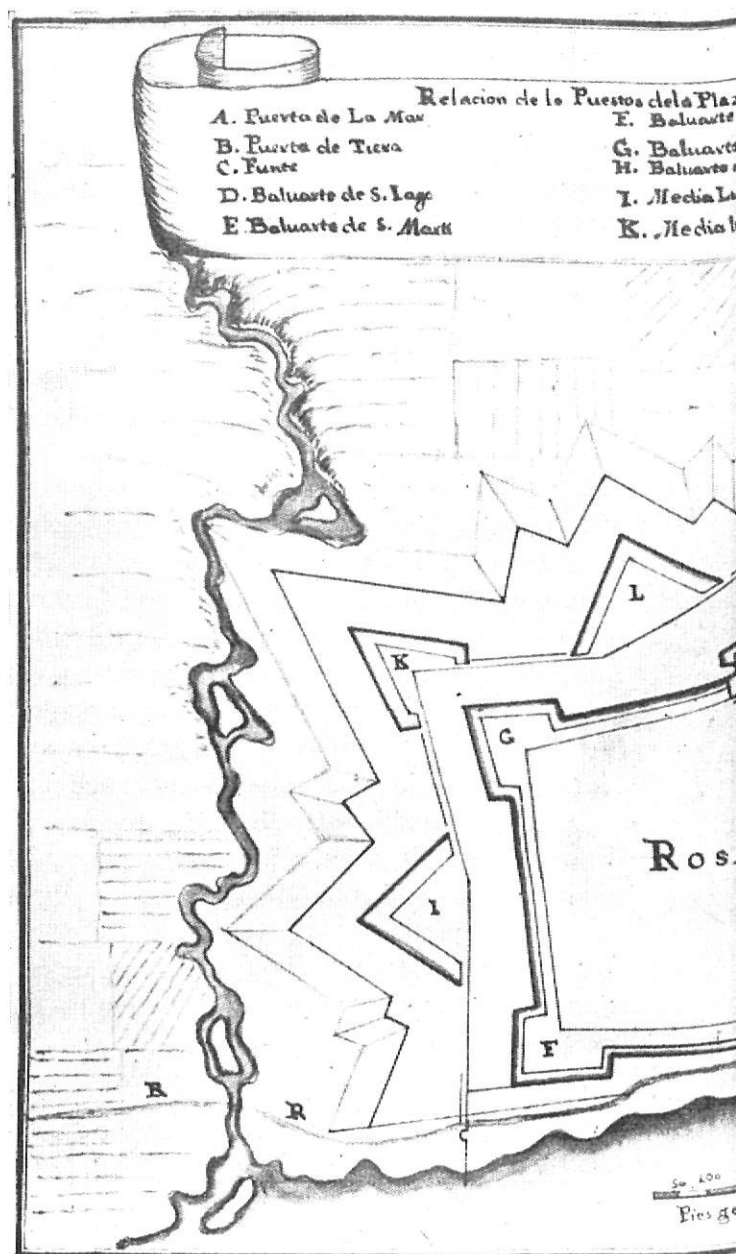
Si la ciudad griega y el monasterio medieval llamaron repetidamente la atención de historiadores y arqueólogos, parece increíble que un monumento mayor y que tan decididamente intervino en la conservación de los anteriores no haya sido objeto de interés más decidido. Me refiero al recinto fortificado de Rosas, el más importante de los construidos en la costa catalana en el siglo XVI que haya llegado hasta la presente centuria.

Después de un largo olvido, llama ahora la atención aunque en apariencia no para ser salvado sino para caer víctima de la codicia más ciega y peligrosa, que ha producido ya en el monumento gravísimos daños y destrucciones cuyo progreso conviene atajar con urgencia antes de que sea demasiado tarde.

Evoquemos por un momento la antigua ciudadela de Siena, cuyos baluartes, hoy ajardinados, son uno de los mejores lugares de reposo y esparcimiento de la ciudad toscana. O crucemos imaginariamente el Atlántico para llegar a Florida, donde el modesto castillo de San Marcos, construido por los españoles en el siglo XVIII, constituye sin duda la máxima atracción turística de la ciudad de San Agustín.

¿Cómo es posible que en la actual Costa Brava el magnífico monumento contemporáneo de Carlos V, de Felipe II y de las gestas marineras de Lepanto, pueda correr el riesgo de destrucción en menguado beneficio de unos pocos en lugar de poblarse de flores y jardines para ser a la vez lugar predilecto de esparcimiento y admirable receptáculo de las calles griegas y de los monumentos medievales que tan bien supo guardar desde su origen?

A mediados de mayo del año 1965, Barcelona y Mallorca albergaron por unos días una reunión del Consejo de Europa y de su Consejo de Cooperación Cultural, en la que gracias a la hospitalidad de la Dirección General de Bellas Artes y de otros altos organismos españoles se trató precisamente de la urgente e imperiosa necesidad de proteger los sitios y conjuntos de interés histórico.



RTE DE ROSAS

Por JUAN AINAUD

artístico o etnológico que constituyen la esencia misma de un patrimonio cultural que no puede manipularse desde un punto de vista mezquino y egoísta sino que debe cuidarse como algo que requiere la atención de todos si queremos que Europa sobreviva y alcance una deseada plenitud.

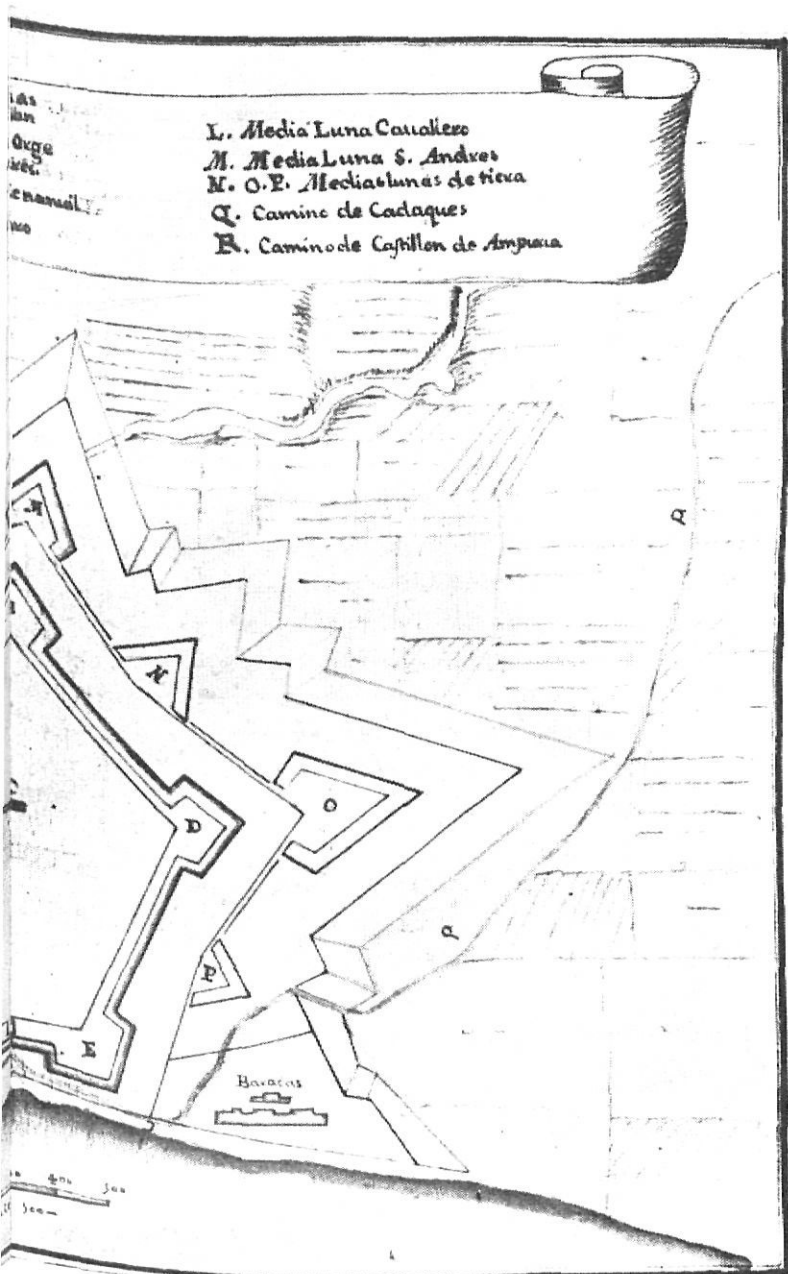
Esta protección y puesta en valor exige además el respeto al contexto y ambiente que rodea al monumento propiamente dicho, ya que de otro modo se iría a una desnaturalización de lamentables efectos, preámbulo muchas veces de una destrucción más o menos vergonzante y solapada.

Pero incluso si no existieran todos estos argumentos, cabría invocar otros de expreso carácter material. Si una adecuada ordenación no impide la voraz e incontenida destrucción de nuestro patrimonio monumental y no cuida al mismo tiempo de salvaguardar el paisaje y la reserva de un mínimo de espacios verdes de disfrute público, se producirá en un plazo más o menos

corto la muerte violenta por asfixia de la tan codiciada gallina de los huevos de oro de la aportación turística, sin remedio y sin beneficio definitivo para nadie, incluidos quienes pretenden hacer pasar su estrecho punto de vista por encima de las necesidades generales, que en definitiva deberían ser también las suyas.

La historia y la estructura de la plaza de Rosas pueden estudiarse no sólo por medio de la documentación sino gracias a una riquísima serie de plantas y vistas españolas y francesas, además de una maqueta corpórea de fines del siglo XVII conservada en París.

Los primeros datos sobre la construcción se remontan al año 1543. Poco antes, en 1535, la expedición de Carlos V contra Túnez —que había partido de Barcelona— y el fallecimiento simultáneo del duque de Milán habían abierto de nuevo dos frentes de lucha, ante turcos y franceses, que podían amenazar muy directamente las fronteras septentrionales y las costas de Cataluña. Existían, claro está, antiguas fortificaciones



Plano de las fortificaciones de Rosas, dibujado por los ingenieros de Carlos II. (Biblioteca Nacional, Madrid).



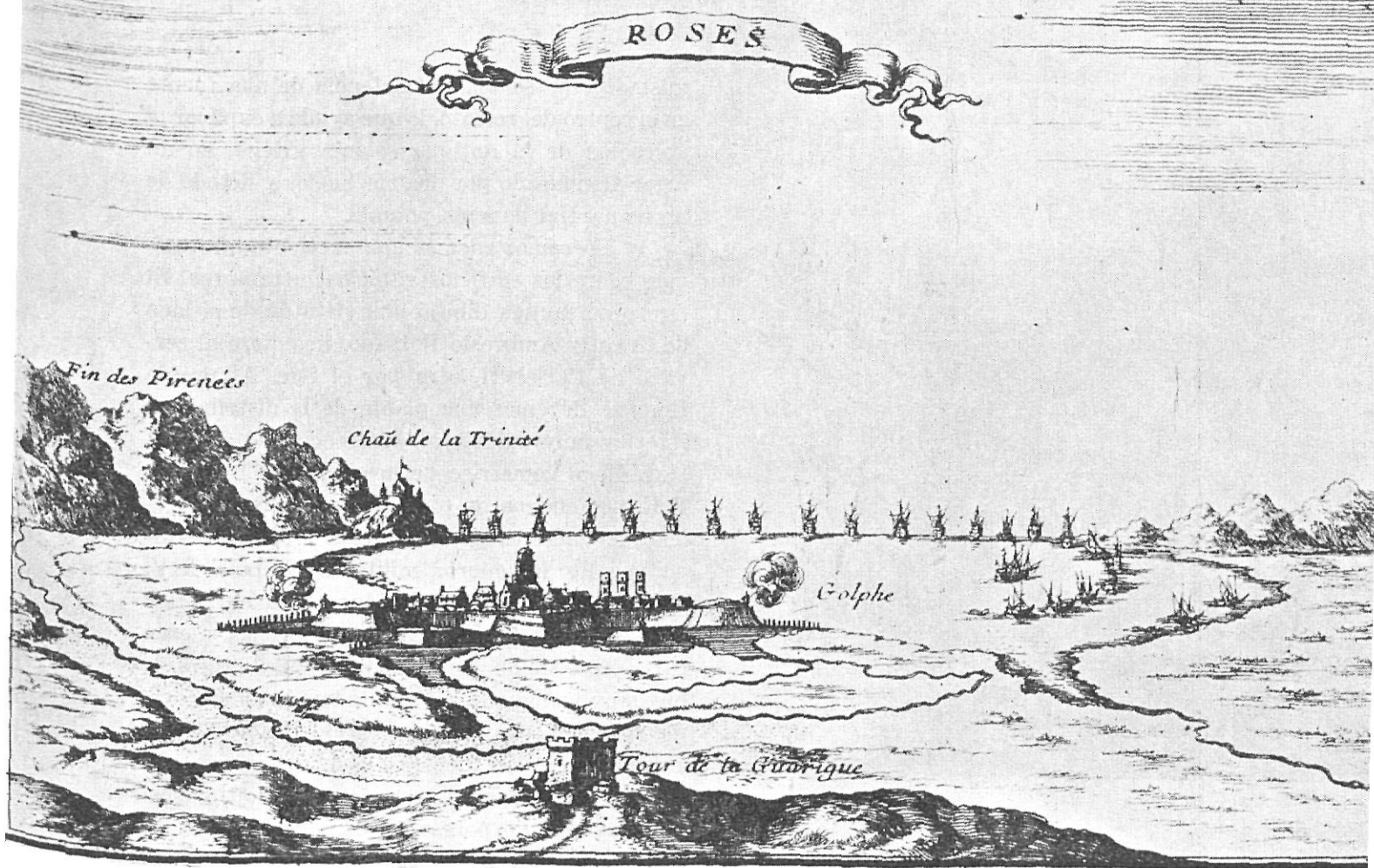
Mapa del Gobierno de Rosas, por Beaulieu. Grabado francés. Siglo XVII. (Museo de Arte, Barcelona).

de porte medieval, incluidas algunas cuyos vestigios subsisten en Rosas, pero nada de ello resultaba de utilidad ante las nuevas tácticas, condicionadas en parte por la artillería. El creciente desarrollo de la ingeniería militar, especialmente en Italia, debió inclinar a Carlos V a promover a un italiano, Luis Pizano el Paduano, en el cargo de *ingeniero principal*. El nombramiento se remonta a 1539, y cuatro años más tarde le hallamos de director de las obras de la ciudadela de Rosas, al propio tiempo que intervenía en las fortificación de Barcelona y Perpiñán.

A esta etapa debe corresponder el magnífico perímetro pentagonal de las fortificaciones, guarnecido de baluartes avanzados, medias lunas y otras obras complementarias.

Antes de terminar el siglo XVI hubo una etapa de refuerzo que debió dar a la plaza el aspecto con que llegó hasta nuestros tiempos. Después de la batalla de Lepanto (1571), a pesar de la victoria alcanzada la persistencia del peligro impuso una ampliación de las defensas de la costa catalana. Para ello, las Cortes de Monzón de 1585 votaron un importante subsidio gracias al cual el ingeniero militar Jeroni Marthí planeó en 1598 la construcción de una serie de torres cuyos restos permanecen todavía a lo largo de nuestro litoral. Al propio tiempo se construyeron en Rosas grandes cuarteles para la guarnición, con un total de 72 aposentos en tres plantas, cuya empresa se adjudicó al arquitecto de Perpiñán Pere Abril. Las necesidades militares debieron tener como consecuencia la supresión de la comunidad monástica de Santa María, cuyas rentas quedaron agregadas a las de la abadía de Amer en 1592 por disposición del Papa Clemente VIII.

La importancia de la plaza fuerte de Rosas en el siglo XVII queda atestiguada por la acuñación de sendas medallas conmemorativas de la toma por los franceses en 1646 y 1693. A



Vista de Rosas, por Beaulieu. Grabado francés. Siglo XVII. (Museo de Arte, Barcelona).

finis de la siguiente centuria, la guerra de 1793-1795 entre España y la Convención, llamada en Cataluña la "Guerra Gran", produjo en Rosas gravísimos desperfectos en todos los edificios situados intramuros. A consecuencia de ello, en 1796 se trasladó la parroquia al nuevo barrio situado entre las murallas y el castillo de la Trinidad, que no cesó de crecer y desarrollarse a partir de aquella fecha.

El magnífico conjunto de fortificaciones del siglo XVI que confirió a Rosas el carácter de plaza fuerte de excepcional interés consta de un recinto pentagonal en el que se abrían tan sólo dos puertas, la de Mar y la de Tierra. La primera subsiste aunque aislada por la bárbara mutilación de los lienzos de muralla que la unían a los baluartes de los extremos del frente marítimo. Permanece hacia el Sur el llamado de San Juan, pero el de San Martín o de Santa María que se levantaba en el lado opuesto, ha sido volado y arrasado por los actuales enemigos del monumento, que no hallaron por desgracia la misma tenaz resistencia que los ejércitos extranjeros de pasadas centurias.

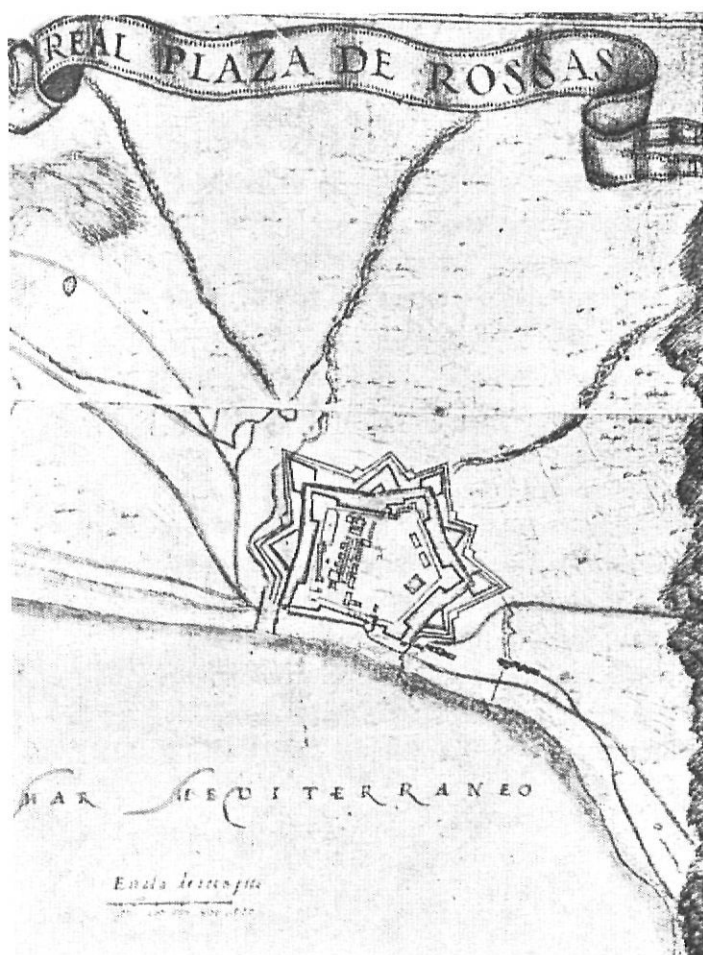
La Puerta de Tierra, de compleja disposición, conserva gran parte de sus estructuras defensivas, entre ellas el baluarte de San Andrés; también subsisten sectores muy bien conservados de los restantes lienzos de muralla y de los baluartes de San Jorge (al Suroeste) y de Santiago (al Norte), puestos bajo la advocación de los protectores de los ejércitos de Cataluña y de Castilla. A cada uno de estos tres baluartes correspondía una media luna avanzada; la del baluarte de San Jorge se denominaba de Genaro. Entre cada par de baluartes —salvo en el frente marítimo— había otra media luna angular; un plano de los ingenieros militares de Carlos II da el nombre de Menaul a la del Sur y de Caballero a la situada ante la Puerta de Tierra. Este

mismo plano señala la existencia de una fuente en el centro del recinto, lo que ayuda a explicar la ubicación de la antigua colonia griega, en un lugar flanqueado por dos riachuelos y dotado de un manantial de agua potable.

Poseemos además una excelente información sobre los edificios situados intramuros. El francés Beaulieu dibujó una vista desde el lado de tierra y Ambrosio Borsano, ingeniero al servicio de Carlos II, otra por el Sur. Al propio Borsano debemos una planta de la distribución interior muy cuidada, a diferencia del arbitrario relleno gemétrico de la planta de Beaulieu. Pero por encima de todo ello sobresale la excelente maqueta corpórea a escala 1:600 construida por los ingenieros militares de Luis XIV. Conservada en París en el Museo llamado de los "Plans Reliefs" constituye una de las piezas más notables de la colección —por desgracia hoy muy menguada— que fue tenida en sus orígenes como una de las más extraordinarias "armas secretas" del Rey Sol. En efecto, su extenso servicio de información le permitió obtener maquetas corpóreas de las plazas fuertes de mayor importancia de los territorios fronterizos, lo que facilitaba el estudio táctico preliminar de cualquier campaña contra los países vecinos.

Gracias a esta maqueta conocemos el aspecto de las casas, calles y plazas de Rosas en el siglo XVII e incluso de la torre del antiguo monasterio, muy parecida a la de la catedral rosellonesa de Elna.

Pero por muy valiosos que sean tales documentos gráficos, nada es comparable a la propia realidad del monumento, por fortuna todavía recuperable en gran parte. De nosotros dependerá que sepamos legarlo a las generaciones futuras restaurado y en perfectas condiciones o bien que desaparezcan sus últimos vestigios directos y sólo podamos evocarlo en un museo parisino. Un imperativo histórico, nuestra dignidad actual europea e incluso la necesidad de lograr para la Costa Brava un incomparable parque monumental nos invitan —y nos obligan a ello.



Plano de Rosas, dibujado por Ambrosio Borsano. Siglo XVII.